

PALABRAS EN EL ACTO DE GRADO  
22 de enero de 2010

Acto de las 4 pm: FACES: Licenciados en Administración, mención Gerencia de Empresas: 33 Gerencia de Recursos Humanos: 23 Informática Gerencial: 27 Mercadeo: 38
Acto de las 7:00 p.m. Licenciados en Contaduría Pública: 107  En convenio con la UCAB, Especialistas en: Ciencias Penales y Criminológicas: 8 Procesos del Aprendizaje: 2 Sistemas de Información: 11

– Saludo Protocolar

Con toda razón, Ustedes, queridos nuevos profesionales egresados de la UCAT, sus familiares y amigos se sienten hoy felices. Años de esfuerzo y apoyo solidario de las familias, amigos, compañeros, profesores, empleados y obreros de la UCAT se ven hoy condensados en el título universitario que acaban de recibir y que les abre las puertas al mundo profesional o califica su ejercicio.

La felicidad es una de las más hondas aspiraciones de todo ser humano y se persigue por todos los medios posibles. Sin embargo, la felicidad no es un estado fácil de alcanzar, entre otras cosas porque no siempre se tiene claro en qué consiste. Peor aún, circulan numerosas versiones engañosas de la felicidad o de sus indicadores.

Al inicio de su vida profesional quizás vale la pena preguntarse en qué consiste esa felicidad que cada uno persigue para sí, para los suyos, para la región en la que habita, el país y el mundo que sueña. Vale la pena, además, comparar esa concepción de la felicidad que cada uno encuentra dentro de sus motivaciones más profundas con la que se nos tramite en el Evangelio, por ejemplo, en ese texto tantas veces escuchado que llamamos las “bienaventuranzas”, como las trasmite San Mateo (5,3-10)

Felices los pobres de corazón,  
    porque el reino de los cielos les pertenece  
Felices los afligidos,  
    porque serán consolados  
Felices los desposeídos,  
    porque heredarán la tierra  
Felices los que tienen hambre y sed de justicia,  
    porque serán saciados

Felices los misericordiosos  
porque serán tratados con misericordia,  
Felices los que trabajan por la paz,  
porque se llamarán hijos de Dios  
Felices los perseguidos por causa del bien,  
porque el reino de los cielos les pertenece.

Al momento de celebrar con Ustedes la alegría de recibir su título universitario, desde la identidad que nos une como miembros de la comunidad de la Universidad Católica del Táchira quisiera compartir con Uds., y sus familiares y amigos que los acompañan en este importante momento de su vida, algunas reflexiones sobre uno de los ingredientes de la felicidad a la que nos invita el hacernos, también como profesionales universitarios, seguidores y discípulos de Jesús de Nazaret, el hijo de dos persona sencillas, María y José que encontraron su felicidad fuera de los parámetros de sus contemporáneos y, quizá, en una forma todavía incomprensible para nosotros.

Felices los que trabajan por la paz,  
porque se llamarán hijos de Dios

A ninguno de los habitantes de esta bella tierra tachirenses se nos escapa la importancia de la paz para alcanzar una vida feliz. La paz necesaria para alcanzar la felicidad es compleja porque se vive en el interior de cada uno al mismo tiempo que caracteriza las relaciones que establecemos entre nosotros como seres humanos, en la vida en sociedad y entre las sociedades hechas naciones representadas por sus Estados.

En estos días pasados me tope, por casualidad, con una entrevista hecha por la revista española *El Ciervo* a un viejo jesuita norteamericano, conocido por su compromiso profundo contra la presencia militar de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam en la década de los sesenta del siglo XX. Digo "viejo" porque el jesuita Daniel Berrigan tiene 88 años, de los cuales 70 en la Compañía de Jesús y 50 formando parte del movimiento pacifista, varios de ellos en la cárcel como consecuencia de su decisión de hallar la felicidad trabajando por la paz. En esa entrevista encontré el siguiente párrafo:

*No puedo pensar en la paz interior separada de la construcción de la paz. Resulta significativo lo que dice el Sermón de la Montaña: "Bienaventurados los que construyen la paz". Me llamó la atención que en el original, en griego, no dice "Bienaventurados los pacifistas", ni "los pacíficos", dice "Bienaventurados los que construyen la paz". Es un término muy físico: construir la paz es como fabricar una mesa, construir un colegio, preparar una comida. Es algo muy físico, que implica todo tipo de habilidades y la determinación de llegar hasta el final. (Daniel Berrigan, SJ, Revista El Ciervo, enero 2010)*

La felicidad, resulta evidente, no la consigue cada persona por su cuenta y en soledad. No es posible ser plenamente feliz en medio de una sociedad desdichada, como tampoco

es posible ser un profesional exitoso en una sociedad fracasada. Convertirse, entonces, en *constructor de la paz* termina siendo una de las condiciones para poder ser Contador, Gerente, Informático, asesor de Mercadeo, Educador o cualquiera de las profesiones o postgrados que se adquieran en la Universidad.

Un momento como este en el que se recibe un título de la Universidad Católica del Táchira quiere ser también una invitación a escuchar lo más profundo de cada uno y encontrar allí, en esa fuerte motivación a ser feliz, sembrada por el Creador en el corazón de cada ser humano, la fuerza necesaria para apostar por la paz, que no es otra cosa que convertirse en “constructor de la paz” desde su actuación personal, su condición ciudadana y su ejercicio profesional consciente.

Decidirse a trabajar por la paz trae como consecuencia la renuncia al uso de las armas y la violencia de cualquier tipo como instrumentos para resolver los conflictos existentes e inevitables en toda sociedad. Desde la decisión personal y la apuesta colectiva a superar los conflictos sin apelar a la guerra se constituye la posibilidad de una vida en paz. Un pueblo que trabaja por la paz, como nos recuerda el evangelio, es un pueblo de hermanos -eso es lo que significa *hijos de Dios*- que se reconocen como personas iguales en su dignidad por diversas que sean sus culturas, condición social, ideas o sensibilidades y buscan juntos la felicidad.

Si la paz es un ingrediente fundamental de la felicidad humana, la guerra constituye la mayor amenaza a una vida feliz. Trabajar por la paz en estos tiempos significa revertir el estado de guerra global y de duración indefinida en el que se encuentra la humanidad. Por consiguiente, trabajar por la paz se vincula esencialmente a los esfuerzos por fortalecer el espacio de la política y la democracia como modo de tomar decisiones entre los seres humanos y entre los pueblos. Por inhumana la guerra asfixia la vida social e impide las condiciones para la participación política democrática imponiendo regímenes políticos “de seguridad” que no son otra cosa que el totalitarismo autoritario más o menos camuflado.

Trabajar para que la paz caracterice las relaciones entre los seres humanos y los pueblos supone conseguir las transformaciones profundas de las estructuras sociales, económicas y políticas existentes –eso que muchos llaman “hacer la revolución”- a través de métodos pacíficos. La lógica nos dice que el *modo de producción determina el producto*. No es posible hacer vino a partir de arena de playa y tampoco es posible superar el estado de violenta utilizando mayor o mejor violencia. La revolución comienza por la radical transformación de los métodos para establecer las relaciones y generar las decisiones. Alcanzar una sociedad inclusiva es imposible partiendo de discriminaciones originadas en las diferencias de opinión, condición social, apariencia, cultura, religión o cualquier forma de intransigencia que impida ver al otro, quienquiera que sea, a los ojos, como semejante.

En términos sociopolíticos la paz necesita la capacidad de producir bienes y servicios suficientes a través del trabajo eficiente, justo y humanizador de todos los miembros de la sociedad en edad y condiciones de realizarlo. Necesita distribuir humanamente los bienes

y servicios producidos de forma tal que todos tengan acceso sin trabas a los que necesitan para vivir en esa condición que hemos llamado “felicidad”. Alcanzar un modo de producción y distribución de los bienes y servicios necesarios para que todas puedan vivir en paz y felicidad sólo es posible si se parte del reconocimiento del otro como hermano y de allí se deriva la solidaridad como característica del modo de relacionarse. Porque la solidaridad mueve los corazones es posible que quien tenga más capacidades y recursos produzca más y mejores bienes que puedan ser también recibidos por quienes no pueden producir por su edad, salud u otros tipos de impedimentos.

La paz necesita un Estado fuerte, capaz de servir de instrumento de solidaridad a través de la ejecución de políticas públicas que logren esa distribución humana de los beneficios de la vida en sociedad. Lo contrario a un Estado omnipotente que sólo sirve de instrumento a quienes concentran el poder para obtener, mantener y aumentar su dominio sobre quienes no pertenecen a su grupo social, comulgan con su ideología o pretenden participar en condiciones de igualdad en la vida pública. Trabajar por la paz requiere estar comprometido con la democracia como el modo de garantizar la vinculación entre ética y política, promover la participación en las decisiones colectivas y hacer del poder un instrumento de la justicia social.

La construcción de la paz tiene el desafío de hacer de la solidaridad no sólo un mecanismo para atender las emergencias humanitarias como la sucedida hace pocos días en Haití, sino para que no existan situaciones de pobreza como las de Haití. La pobreza no es una situación normal ni producto de la naturaleza, es el resultado de las relaciones injustas decididas por seres humanos que no han actuado como *hijos de Dios*. Trabajar por la paz es, también, contribuir eficazmente a superar la pobreza y sus causas para que cobre vida la humanidad fraterna.

La solidaridad humana, como la entendemos hoy, tiene una dimensión *intergeneracional* derivada de la creciente conciencia de la necesidad de recuperar el equilibrio con la naturaleza como una condición básica de la vida humana en paz y felicidad. En palabras del Papa Benedicto XVI en su Mensaje para la Celebración de la XLII Jornada Mundial de la Paz el pasado 1 de enero de 2010:

*«Herederos de generaciones pasadas y beneficiándonos del trabajo de nuestros contemporáneos, estamos obligados para con todos y no podemos desinteresarnos de los que vendrán a aumentar todavía más el círculo de la familia humana. La solidaridad universal, que es un hecho y beneficio para todos, es también un deber. Se trata de una responsabilidad que las generaciones presentes tienen respecto a las futuras, una responsabilidad que incumbe también a cada Estado y a la Comunidad internacional». El uso de los recursos naturales debería hacerse de modo que las ventajas inmediatas no tengan consecuencias negativas para los seres vivientes, humanos o no, del presente y del futuro; que la tutela de la propiedad privada no entorpezca el destino universal de los bienes; que la intervención del hombre no comprometa la fecundidad de la tierra, para ahora y para el mañana. Además de la leal solidaridad intergeneracional, se ha de reiterar*

*la urgente necesidad moral de una renovada solidaridad intrageneracional, especialmente en las relaciones entre países en vías de desarrollo y aquellos altamente industrializados: «la comunidad internacional tiene el deber imprescindible de encontrar los modos institucionales para ordenar el aprovechamiento de los recursos no renovables, con la participación también de los países pobres, y planificar así conjuntamente el futuro». La crisis ecológica muestra la urgencia de una solidaridad que se proyecte en el espacio y el tiempo.*

Una parte sustantiva del sueño de la Universidad Católica del Táchira es caracterizarse por su compromiso en la construcción de la paz como una dimensión de su contribución a la felicidad de los seres humanos de esta región, de Venezuela y el mundo. Si sus egresados convierten el trabajo por la paz en una dimensión constante de su trabajo profesional y la solidaridad en un motivo profundo de su vida, el sueño se irá haciendo realidad.

Permítanme finalizar con unas palabras del Apóstol Pablo en su carta a los romanos:

*El reino de Dios no consiste en comidas ni bebidas, sino en la justicia la paz y el gozo del Espíritu Santo. (...) Por tanto, busquemos lo que fomenta la paz y construye la comunidad.*  
(Rm 14, 17-19)

Muchas gracias.